

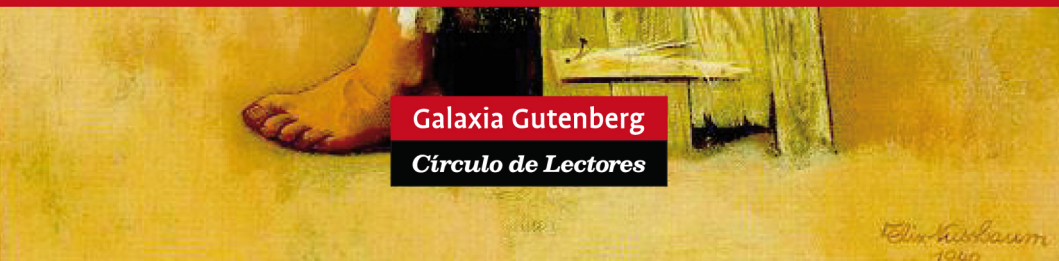
# Vasili Grossman

## El infierno de Treblinka



**70 años de la liberación de Treblinka.**

*El texto que descubrió al mundo el horror  
de los campos de concentración.*



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Felix Kublaum  
1940

---

VASILY GROSSMAN

# El infierno de Treblinka

Galaxia Gutenberg

*Círculo de Lectores*

---

## I

Al este de Varsovia, a lo largo del Bug occidental, se extienden arenales, pantanos y terrenos cubiertos de espesos bosques de pinos y de árboles foliáceos. Son lugares poco poblados y tristes. Los caminantes evitan los arenosos y estrechos caminos donde los pies se entierran y las ruedas se hunden hasta los cubos.

Allí, en el ramal ferroviario de Sedlets, se encuentra la pequeña y perdida estación de Treblinka, a sesenta kilómetros largos de Varsovia, no lejos de la estación de Malkinia, punto de bifurcación de la línea férrea que une Varsovia, Bielostok, Sedlets y Lomza.

Es posible que muchas de aquellas personas que fueron traídas en 1942 a Treblinka hubieran pasado por aquí en tiempos de paz y que, con ojos distraídos, mirasen el aburrido paisaje: pinos, arena, otra vez pinos, matorrales, arbustos secos, los tristes edificios de la estación, las vías que se cruzan... Y es posible que la aburrida mirada del pasajero notara la existencia de un ramal ferroviario que partía de la estación y se internaba en el tupido bosque de pinos que llegaba hasta la vía misma. Este ramal conduce a una cantera de la que se extraía arena blanca destinada a satisfacer las necesidades industriales y de construcción de la ciudad.

La cantera dista cuatro kilómetros de la estación y se encuentra en un terreno baldío, rodeado de pinos por todos lados. La tierra es allí avara e improductiva y los campesinos no la cultivaban, por eso el terreno permanecía yermo desde tiempo inmemorial. En algunos sitios está cubierto de musgo y de vez en cuando presenta algunos escuálidos pinabetes. De tarde en tarde vuelan por allí los grajos o las moñudas abubillas de colores abigarrados. Este miserable desierto fue elegido y aceptado por el *führer* de las SS de Alemania, Heinrich Himmler, para la construcción de un inmenso patíbulo cuyo igual el género humano no había conocido desde los tiempos bárbaros hasta nuestros días crueles. Sí, es indudable que el universo no ha conocido un patíbulo semejante. Aquí fue construido el matadero principal de las SS, que superó en dimensiones a los de Sabibur, Maidánek, Bélzhitsa y Osvétsim.

En Treblinka existieron dos campos de concentración: el de trabajos forzados, N.º 1, en el que se hallaban presos de distintas nacionalidades, fundamentalmente polacos; y el campo judío, que llevaba el N.º 2.

El campo N.º 1 (de trabajo o penitenciario) colindaba con la cantera de arena, no lejos del límite del bosque. Era un campo de concentración ordinario, como los que la Gestapo construyó a centenares y miles en las tierras del Este ocupadas por los alemanes. Fue creado en 1941. En él, como en una síntesis, se podían percibir rasgos del carácter alemán deformados por el terrible espejo del régimen hitleriano. Del mismo modo que en el delirio de la fiebre se reflejan de una manera monstruosa y deformada los

pensamientos y sentimientos vividos por el enfermo antes de su enfermedad, de igual modo que el loco en sus ataques de enajenación deforma la lógica de las reacciones y pensamientos del hombre normal, así el criminal lleva a cabo su faena uniendo, en el martillazo dado en el entrecejo de las víctimas, la hábil práctica, la precisión y la fuerza del obrero metalúrgico con la sangre fría del antropoide.

El espíritu de economía, la exactitud, el cálculo, la pulcritud pedantesca son todos ellos rasgos plausibles que poseen muchos alemanes. Aplicados a la agricultura o a la industria, dan sus frutos. El hitlerismo aplicó estos rasgos al crimen contra la humanidad y las SS del Reich procedieron en el campo de concentración polaco exactamente como si se tratara del cultivo de coliflores o de patatas.

El terreno ocupado por el campo de concentración está dividido por unas barracas iguales y rectangulares construidas a cordel, y por caminitos bordeados de abedules y enarenados. Se construyeron estanques de cemento para aves domésticas, lavaderos para la ropa con unos cómodos peldaños, servicios para el personal alemán, un horno de cocer pan bien acondicionado, peluquería, garaje, surtidor de gasolina con una esfera de cristal, depósitos. Aproximadamente con una tipología análoga, con jardincitos, con columnitas-fuentes, con caminos asfaltados, se construyó también el campo de Maidánek cerca de Lublin, y de igual forma organizaron en la Polonia oriental decenas de otros campos de trabajo forzado donde la Gestapo y las SS pensaban afincarse de manera permanente. En la construcción de estos campos se reflejaron los rasgos característicos de la precisión alema-

na, del espíritu de ahorro mezquino, la pedantesca tendencia al orden, la afición alemana a la reglamentación, al esquema elaborado hasta los más pequeños e insignificantes detalles.

La gente ingresaba en el campo de trabajo para un plazo que a veces era muy pequeño: cuatro, cinco o seis meses. Allí metieron a polacos que habían infringido las disposiciones del gobernador general. Estas faltas eran por lo común insignificantes, puesto que cuando se trataba de infracciones de importancia el castigo no era el campo, sino la muerte inmediata. Una denuncia, una delación, una palabra casual que se escapaba mientras se iba por la calle, el incumplimiento de la orden de entrega de productos, la negativa a facilitar a un alemán el carro o el caballo, la resistencia de las muchachas a rendirse a las proposiciones amorosas de un SS, no ya el sabotaje en la fábrica, sino solamente la sospecha de la posibilidad de un sabotaje: todo esto conducía a centenares y a miles de polacos, obreros, campesinos, intelectuales, hombres y muchachas, viejos, adolescentes o madres de familia, al campo penitenciario. En total pasaron por dicho campo unas cincuenta mil personas. Solamente se recluía en este campo a los judíos cuando se trataba de conocidos y excelentes maestros panaderos, zapateros, ebanistas, albañiles o sastres. Allí había todos los talleres imaginables y entre ellos un importante taller de muebles que confeccionaban butacas, mesas y sillas para los Estados Mayores del ejército alemán.

El campo N.º 1 existió desde otoño de 1941 hasta el 23 de julio de 1944. Fue completamente suprimido cuando los detenidos oían ya el sordo rugido de la artillería soviética...

El 23 de julio por la mañana temprano los guardianes y los SS, después de beber unas copas para armarse de valor, emprendieron la liquidación del campo de concentración. Por la noche habían sido muertos y enterrados todos los presos. El carpintero de Varsovia Max Levit logró salvarse saliendo herido de entre los cadáveres de sus compañeros cuando se hizo oscuro, y se arrastró hacia el bosque. Contó cómo, tumbado en la zanja, oyó a treinta chicos que al ser fusilados cantaron la canción *Mi gran país querido*, oyó cómo uno de los muchachos gritaba: «¡Stalin nos vengará!», oyó cómo el jefe de los muchachos, el niño Leib, querido en todo el campo, al caer a su lado en la zanja se irguió después de sonar la descarga y pidió: «¡Señor guardián, ha errado el tiro, por favor, señor, otra vez, otra vez!».

Ahora se puede hablar con detalle del orden alemán que imperaba en este campamento de trabajo. Por las declaraciones de decenas de testigos polacos que escaparon o fueron puestos en libertad en su tiempo, conocemos las leyes imperantes en el campo N.º 1. Sabemos del trabajo en la cantera de arena, sabemos cómo a los que no cumplían las normas los arrojaban por un escarpado a una hondonada, conocemos las normas de la alimentación, que consistía en 170 o 200 gramos de pan y un litro de un mejunje al que se daba el nombre de sopa; sabemos de los muertos de hambre, de los hinchados a los que transportaban en unas carretillas fuera de las alambradas y fusilaban; conocemos las orgías salvajes que organizaban los alemanes, cómo violaban a las muchachas y cómo allí mismo fusilaban a sus amantes forzadas; cómo arrojaban a la gente desde una torreta

de seis metros de altura, cómo por la noche, borrachos o en pandilla, sacaban de las barracas a diez o quince presos y empezaban a hacer con ellos, con toda parsimonia, ensayos de métodos de asesinato, disparando al corazón, en la nuca, en los ojos, en la boca o en las sienes de los condenados. Conocemos los nombres de los SS guardianes del campo, sus caracteres, sus particularidades, sabemos también quién fue el jefe del campo, el flamenco alemán Von Ripen, criminal insaciable y depravado, aficionado a los buenos caballos y a las galopadas rápidas. Sabemos del joven y macizo Stumpfe, al que le daban irresistibles ataques de risa cuando mataba a alguno de los presos o cuando en su presencia se ejecutaba a alguien. Le pusieron por mote «La muerte que ríe». El último que oyó su risa fue Max Levit, el 23 de julio de este año, cuando los vigilantes al mando de Stumpfe fusilaban a unos muchachos. Levit estaba tumbado, herido gravemente en el fondo de una zanja. Tenemos noticias de un alemán tuerto, Sviderski, de Odesa, llamado el «Maestro del martillo». Era considerado un insuperable especialista en el asesinato «en frío», y en sólo algunos minutos mató a martillazos a quince niños de entre ocho y trece años declarados no aptos para el trabajo. Sabemos de un SS, Preifi, delgado, parecido a un gitano, apodado «El Viejo», sombrío y reservado. Para distraerse se colocaba junto al depósito de inmundicias y espía a los presos que iban a hurtadillas a comerse las mondas de las patatas, les obligaba a abrir la boca y entonces les disparaba en ella.

Conocemos los nombres de los asesinos profesionales Schwarts y Ledek. Éstos se divertían disparan-



do a los detenidos que al anochecer regresaban del trabajo, y mataban así diariamente a veinte, treinta o cuarenta personas.

La deformación de los cerebros, del corazón, del espíritu, de las palabras, de los hechos, de las costumbres era como una terrible caricatura que recordaba los rasgos habituales, los pensamientos, los sentimientos, las costumbres y las conductas de los alemanes normales. Y el orden del campo y la documentación de los asesinatos, como la afición a la broma monstruosa, que recordaba a las bromas de los estudiantes becarios alemanes borrachos, las canciones sentimentales cantadas a coro en medio de charcos de sangre y los discursos que aquellos antropopitecos pronunciaban sin descanso ante los condenados, las máximas y los piadosos sermones, cuidadosamente impresos en papeles especiales, todo esto eran monstruosos dragones y reptiles nacidos del germen del chovinismo tradicional alemán, de la altivez, el amor propio, la vanidosa confianza en sí propio, la pedante preocupación babosa por su propio nido y la férrea y fría indiferencia por la suerte de todo lo vivo, procedente de la fe bestial y estúpida de que la ciencia alemana, la música, la poesía, el idioma, el césped, los váteres, el cielo, la cerveza, las casas son las más altas y las más hermosas de todo el universo. Los vicios y los terribles crímenes cometidos por estas gentes tuvieron su origen en las taras del carácter nacional alemán.

Así funcionó este campo, semejante a un Maidánek en pequeño, y pudo parecer que no había nada más terrible en el mundo. Pero los que vivieron en el campo N.º 1 sabían muy bien que había algo más espan-

toso, cien veces más horrible que su campo. A tres kilómetros de él, los alemanes comenzaron en mayo de 1942 la construcción de un nuevo campo. La construcción se llevó a cabo a un ritmo rápido; en ella trabajaron más de mil obreros. Nada allí estaba dispuesto para la vida, todo estaba preparado para la muerte. La existencia de este campo, según el pensamiento de Himmler, debía permanecer en el más absoluto secreto; ni una sola persona debía salir viva de su recinto. Y absolutamente a nadie se le permitió acercarse a él. A un kilómetro de distancia se hacía fuego sin previo aviso sobre todo aquel que por casualidad pasara por allí. Se prohibía a los aviones alemanes que volaran sobre esta zona. Las víctimas traídas en trenes que circulaban por un ramal ferroviario especialmente derivado no sabían hasta los últimos minutos cuál era la suerte que les esperaba. A la guardia que acompañaba a los trenes no la dejaban llegar ni siquiera hasta donde se hallaba la vigilancia exterior del campo. A la llegada de los vagones, se encargaban de su custodia los SS del campo. Los trenes, compuestos por lo general de sesenta vagones, se dividían en tres partes al llegar al bosque, y la locomotora enviaba sucesivamente tandas de veinte vagones hacia el andén del campo. La locomotora empujaba los vagones por detrás y se detenía en las alambradas, de tal manera que ni el maquinista ni el fogonero traspasaban los límites del campo. Cuando los vagones quedaban descargados, el suboficial de SS que estaba de guardia daba un pitido para llamar a los siguientes veinte vagones, que esperaban a doscientos metros. Cuando se descargaban los sesenta vagones, la jefatura del campo telefoneaba a la es-

tación para que enviaran un nuevo tren, y se hacía avanzar por la vía al que había quedado vacío hasta la cantera donde los vagones eran cargados de arena y se marchaban a las estaciones de Treblinka y Malkinia.

Se puso de manifiesto la ventajosa situación de Treblinka: los trenes cargados de víctimas llegaban a ella desde los cuatro puntos cardinales: del oeste, del este, del norte y del sur. Los trenes procedían de las ciudades polacas de Varsovia, Mendsizhets, Chenstojov, Sedlets, Radom, de Lomza, Bielostok, Grodno, de muchas ciudades de Bielorrusia, de Alemania, Checoslovaquia, Austria, Bulgaria, Besarabia.

Durante trece meses llegaron trenes a Treblinka. Cada convoy estaba compuesto por sesenta vagones y en cada uno iban escritas con yeso las cifras 150, 180, 200. Éstas indicaban la cantidad de personas que había en cada vagón. Los empleados ferroviarios y los campesinos llevaban en secreto la cuenta de estos vagones. El campesino de sesenta y dos años Kasimir Skarzhinski, que vivía en la aldea de Vulka (en el poblado más próximo al campo), me contó que hubo días en los que frente al pueblo pasaron, solamente por el ramal de Sedlets, seis trenes, y que casi no hubo día a lo largo de los trece meses en que no circulara por lo menos uno. Y hay que tener en cuenta que el ramal de Sedlets era solamente uno de los cuatro caminos de hierro que proveían a Treblinka. El obrero de vías y obras Lutsián Tsúkov, movilizado por los alemanes para trabajar en el ramal que conducía desde Treblinka hasta el campo N.º 2, dice que en el tiempo que duró su trabajo, es decir desde el 15

de junio de 1942 hasta agosto de 1943, llegaron al campo desde Treblinka por dicho ramal de uno a tres trenes por día. Cada tren estaba formado por sesenta vagones y cada uno de estos transportaba por lo menos ciento cincuenta personas. Testimonios como éste los hemos reunido a decenas. Incluso si reducimos todas las cifras del movimiento de trenes hacia Treblinka aportadas por los testigos aproximadamente a la mitad, de todos modos, la cantidad de personas transportadas allí en trece meses resultará ser de unos tres millones.

El campo mismo, con sus vallas exteriores, los depósitos de objetos propiedad de los asesinados, el andén y demás edificaciones auxiliares, ocupaba una superficie bastante reducida: 780 por 600 metros. Si por un instante se tiene duda sobre la suerte que corrieron los millones de personas que llegaron aquí y si por un instante se admitiera que los alemanes no los mataron inmediatamente después de su llegada, habrá que preguntarse dónde se encuentra toda esta gente que podría integrar la población de una nación pequeña o de una de las grandes capitales de Europa. Durante trece meses, es decir durante 396 días, los trenes se marchaban cargados de arena o vacíos, y ni una sola persona de las que llegaron al campo N.º 2 volvió a salir. Ha llegado el momento de formular la severa pregunta: «Caín, ¿dónde están los que trajiste aquí?».

El fascismo no ha conseguido guardar en secreto su monstruoso crimen. Pero no sólo porque miles de personas fueran testigos involuntarios. Hitler, convencido de su impunidad, decidió aniquilar a millones de inocentes en el verano de 1942, en la época de

los mayores éxitos de las tropas fascistas. Ahora se puede demostrar que la mayor cantidad de asesinatos perpetrados por los alemanes fueron en 1942. Convencidos de su impunidad, los fascistas mostraron lo que eran capaces de hacer. ¡Ah, si Adolf Hitler hubiera vencido habría podido hacer desaparecer las huellas de todos sus crímenes, habría obligado a callar a todos los testigos, aunque hubieran sido decenas de miles y no solamente miles! Ni uno de ellos habría pronunciado una palabra. Y sin proponérselo uno, se siente el deseo de inclinarse una vez más ante aquellos que en otoño de 1942, ante el silencio del mundo entero, actualmente tan bullicioso y triunfal, sostenían los combates en Stalingrado, sobre los escarpados del Volga, contra el ejército alemán a cuya espalda humeaban y borbotaban ríos de sangre inocente. ¡El Ejército Rojo, ése es el que ha impedido a Himmler guardar el secreto de Treblinka!

Hoy los testigos han hablado y han clamado la tierra y las piedras. Y hoy, ante la conciencia del mundo, ante los ojos de la humanidad, podemos, de manera minuciosa, paso tras paso, atravesar los círculos del infierno de Treblinka, en comparación con el cual, el de Dante resulta un juego inofensivo e inocente de Satán.

Todo lo que se escribe más adelante ha sido tomado de los relatos de testigos que aún viven, de los testimonios de personas que trabajaron en Treblinka desde el primer día de existencia del campo hasta el día 2 de agosto de 1943, cuando los condenados a muerte se sublevaron, prendieron fuego al campo y huyeron al bosque, y de las declaraciones de los guardianes detenidos, quienes confirmaron palabra por

palabra, y en muchos casos completaron, los relatos de los testigos. A estas gentes las he visto yo personalmente, hablé larga y detalladamente con ellas, sus declaraciones escritas están ante mí sobre la mesa, y todos estos numerosos testimonios de diversas fuentes concuerdan entre sí en todos los detalles, empezando por la descripción del perro amaestrado del comandante, *Barí*, y terminando por la descripción de los procedimientos para el asesinato de las víctimas y la construcción del patíbulo en cadena.

Pasemos a través de los círculos del infierno de Treblinka.

La edición original de esta obra en lengua española fue publicada por Ediciones en Lenguas Extranjeras en Moscú en 1946. El presente volumen recupera íntegramente esa traducción revisada y corregida.

Traducción del ruso

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com  
Círculo de Lectores, S.A.  
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona  
www.circulo.es

Primera edición: noviembre 2014

© The Estate of Vassili Grossman, 2009  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2014  
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2014

Preimpresión: Maria Garcia  
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls  
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona  
Depósito legal: B 19999-2014  
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16252-17-6  
ISBN Círculo de Lectores 978-84-672-6185-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)